

WEEKEND POLÍTICO MUNDIAL **CARLOS NADAL**

Después del gran ciclo mesiánico

Se ha repetido hasta la saciedad que el siglo XIX terminó en la Gran Guerra de 1914 a 1918 y el siglo XX en la caída del comunismo europeo a partir de 1989. Es cierto sólo en parte. Pero este fin de milenio sobre el que ya no caben las dudas que había en las postrimerías de 1999, nos da una perspectiva suficientemente amplia para entender que el siglo XIX y el siglo XX aparecen tan ligados entre sí como considerablemente distintos. En este sentido, 1918 fue un punto de inflexión pero también de transmisión de impulsos, tendencias políticas, sociales y culturales que se habían de prolongar en una amplia panoplia de diversidades cuantitativas y cualitativas. En el siglo XIX tenía sentido hablar de pueblo, de patria. En el siglo XX lo tuvo más hablar de ma-

LOS SIGLOS XIX Y XX

han sido dos caras

de un mismo propósito

voluntarista de dominar

el curso de la historia

sas o de estados nación. ¿Significan algo tanto una cosa como la otra en el fin de milenio?

El siglo XIX fue fértil en creaciones ideológicas, en movimientos colectivos que pretendían corregir el destino del hombre, remodelarlo como tal en el marco de grandes propósitos políticos e ideológicos, considerados necesarios como sustituto de la religión o de jándola en el ámbito estricto de la fe. El liberalismo decimonónico en sus distintas vertientes de reivindicación de los derechos de la persona, de la entidad nacional y del libre pensamiento y su manifestación tuvo una derivación más justiciera y racionalizadora en el socialismo, especialmente en su expresión llamada científica, el marxismo.

Liberalismo, nacionalismo y socialismo convergían en un fin: devolver al hombre la plenitud de sus posibilidades mediante la inserción en un proyecto de futuro. La idea de

que el hombre había de adueñarse de la historia como el terreno propio de su desenvolvimiento y realización. La ciencia y el dominio de la naturaleza por medio de la técnica en la primera sociedad industrial alentó el convencimiento de que el hombre se hacía y liberaba procediendo a la transformación de las fuerzas naturales. Y que le correspondía hacerlo al mismo tiempo con el ámbito de su transcurrir vital: la sociedad.

Había llegado la hora fáustica de crear un hombre nuevo en sociedades nuevas. Lo cual estaba en manos del hombre mismo. No sólo vivir la historia, sino asumir la capacidad de hacerla a su gusto para aproximarla cada vez más a objetivos de racionalidad, justicia, bienestar y felicidad. El encuentro de un sentido de la vida en cuanto tal, no como tránsito de lo temporal hacia lo supranatural.

Individuo, nación y raza como sujetos activos de la historia en que el hombre encuentra un territorio ideológico y político para hacerse superior a sí mismo. Historicismo y vitalismo fueron expresiones filosóficas que cabalgaron entre los dos siglos y les dieron una identidad común. El devenir constituía la esencia del presente.

Liberalismo democrático, nacionalismo y socialismo encontraron sustrato común, no siempre confesado, en las teorías evolucionistas de Darwin. La voluntad creadora pasó a entenderse como ley de la voluntad de ser -individuo, nación, raza- según los criterios de selección natural. De ahí la teoría y práctica del racismo, implícitos en el imperialismo colonizador. Y, en la misma Europa, en el antisemitismo muy activo entre finales del XIX y la primera mitad del XX en Francia y la Europa central y oriental. Lo que, por una parte, llevó al monstruoso extremo del holocausto nazi. Y, por otra, a la creación del Estado de Israel, resultado del movimiento sionista que buscaba en el nacionalismo de raza la ruptura tanto de la laceración del gueto como de la integración en las sociedades europeas.



ASTROMUJOFF

En la Europa decimonónica y de principios del siglo XX continuaba vigente la tradición soberanista de monarquías y oligarquías, fortalecidas en el choque y equilibrio entre las potencias. Pero el liberalismo democrático del sufragio universal, la lucha de clases y los nacionalismos segregacionistas o unitaristas se conjugaron con la industrialización acelerada y la consecuente aparición de la masificación urbana. La Gran Guerra fue convulsa colisión de estos factores.

A partir de 1918, quedaban abiertas diversas direcciones. Las grandes direcciones de la producción, el consumo y la comunicación, el comunismo radicalmente socializa-

dor, la nacionalización integradora del fascismo y el racismo nacionalista de la Alemania nazi. Todos imbuidos de la ideología productivista y del culto del progreso, encomendados a la magnificación del avance tecnológico. Comunismo, fascismo y nazismo con el denominador común del encuadramiento y movilización permanente de la sociedad de masas.

La violencia revolucionaria liberal o simplemente libertaria del siglo XIX para la conquista de hitos históricos derivó en los estados comunistas y en los regímenes totalitarios en violencia sistemática como método sacrificial para instalar definitivamente al hombre en los cauces de su evolución histórica, preconcebida en un sentido absolutamente unidireccional y necesario.

El siglo XX ha sido la puesta en práctica en proporciones gigantescas, con frecuencia despiadadas, de la voluntad demérgica decimonónica. Las ideologías del siglo XIX abrieron cauces visionarios o prácticos que en el siglo XX han desencadenado una fenomenal liberación de energías. A veces atrocemente negativas, terminadas en trágica explosión o en rápida implosión desconcertante. Otras, en formas de creatividad que han cambiado la faz del mundo.

Lo que parece evidente es que se cierra un extraordinario ciclo de dos siglos en los cuales la historia entró en trepidación por la creencia de que había que domarla y conducirla a voluntad, encarnada en líderes idolatrados, en símbolos magníficos, en estímulos y lemas movilizadores con la máxima tensión de todos los recursos humanos.

Con el siglo XXI entramos en terreno desconocido. Ya no hay tierras prometidas y nos sentimos inmersos en técnicas de mundialización que nos potencian y diluyen a la vez.

En el marco del proyecto globalizador, se dibujan descarnadas y cortantes las diferencias lacerantes que el mesianismo de uno u otro signo de los dos últimos siglos pretendió borrar. La disputa bisecular de si los fines justifican los medios ha acabado en no saber si los fines son medios o viceversa.

Lo único que está claro es que la ciencia nos coloca, abortos, en lo que parece el umbral de acercamiento a los grandes misterios de la vida y el cosmos. Por ahí existe el peligro de la autodestrucción y también la esperanza de que éste sea realmente el camino de autotransformación de la humanidad.♦